

Ostiral Santua. Viernes Santo.
Celebración de la pasión del Señor.
Catedral Buen Pastor (Donostia).
29 de marzo de 2024

Anai-arreba maiteok. Gure Pazkorako bidean, gaur Ostiral Santua ospatzen dugu. Gogora ekartzen dugu Jesukristo gure Jaunaren pasio eta heriotza. Jesusen gurutzera begira, gureganako maitasun handia ulertzen dugu.

Egun honetan Kristoren gurutzea dugu maisu. Gurutze horretan Kristok berak hitz egiten digu. Berarengan dago Jainkoaren ultertzeko zaila den jakinduria.

Señor, ayer recordábamos la última Cena que tuviste con tus discípulos. Recordábamos cómo te nos has regalado en forma de pan y de vino, como alimento para nuestro camino. Al lavarnos los pies, sentimos tu perdón y acogimos tu propuesta de vivir sirviendo a los demás. Gracias por este gran legado que es todo un programa de vida para nosotros. Hoy nos invitas a contemplar la cruz, como ese gran signo, esa gran señal que para nosotros, creyentes, es señal de Salvación. Así lo vamos a cantar un año más: “mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo”.

De niños nos enseñaron a santiguarnos, a hacer ese sencillo signo que nos recuerda siempre que te pertenecemos. Somos de los tuyos, Señor. Esa señal nos identifica, aunque a veces se nos hace pesada y no sabemos muy bien cómo llevarla. Tu cruz es todo un misterio para nosotros. Por un lado, experimentamos que no podemos seguirte sin abrazar la cruz. Por otro, sabemos que no podemos abrazar la cruz si tú en ella no estás. Lo que para muchos no es sino un signo de fracaso, para nosotros es un signo de victoria sobre el mal, el pecado,

la muerte. Detrás de toda cruz, los creyentes vemos tu rostro y, como un bálsamo benéfico, experimentamos el consuelo de sabernos siempre acompañados por ti, incluso en los momentos en que nos toca cargar con la cruz. A veces es la enfermedad, la pérdida de un ser muy querido, un amor que se perdió, el fracaso de algún proyecto importante, la falta de trabajo... Aunque no podemos evitar el zarpazo del dolor que toda cruz conlleva, experimentamos que contigo, Señor, la cruz es menos cruz.

¡Cuánto debemos agradecer a los que nos enseñaron a santiguarnos desde niños y a comprender el misterio que hay detrás de esta poderosa señal de los cristianos! Detrás de esa señal estás tú, nuestro Señor, nuestro consuelo, nuestra vida, nuestro salvador.

Al contemplarte hoy en la Cruz, nuevamente, nos avergüenza nuestra poca generosidad ante tu inmenso amor. Tu vida entregada hasta el extremo por nosotros nos interpela. Interpela nuestra a veces pobre y tímida respuesta.

Tu Cruz, por otra parte, Señor, nos recuerda que muchos hermanos nuestros sufren también injustamente, como clavados en la Cruz. Muchos de nuestros hermanos soportan muchas injusticias, muchos abusos de todo tipo. Las cruces ajenas también nos interpelan, claman ante nuestra impasibilidad, ante nuestra quizá falta de sensibilidad o compromiso. Entre tantas situaciones difíciles y tantas cruces que soporta nuestra humanidad, no podemos hoy Señor olvidarnos de aquellos que sufren las consecuencias de las siempre injustas guerras, en Ucrania, en la franja de Gaza. Guerras que solo benefician a los que venden armas y que son un auténtico desastre para todos los demás. Detrás de cada fallecido estás tú clavado en la cruz de la incompreensión y de la injusticia.

Cuánto dolor, Señor. Cuánto sinsentido. Hoy te decimos, desde lo hondo de nuestro corazón: No nos abandones, no nos dejes de la mano. En ti confiamos. Solo tú tienes palabras. Solo en ti encontramos el consuelo que necesitamos.

Hoy, Señor, vuelves a ser tú quien también nos miras a nosotros desde la cruz. Tu mirada es diferente de la nuestra. Tus brazos extendidos nos invitan al perdón, al amor que tienes por cada uno de nosotros. Entre tus brazos redentores cabe toda la humanidad. Nadie queda excluido de tu amor. No nos echas en cara nuestras culpas, sino que nos abrazas en un abrazo de amor infinito e inmerecido por nuestra parte, un amor que es siempre mucho más grande que nuestro pecado.

Gracias Señor por tu amor generoso. Gracias por dar sentido a aquello que tantas veces parece un sinsentido. Gracias por acompañarnos en nuestras cruces de cada día. Gracias por tu misericordia, por tu bondad...

Queremos acercarnos con unción y con respeto a tu imagen crucificada esta tarde-noche, y reconocer en ella el dolor del mundo, pero también la salvación que nos has mostrado en ella. Así, agarrados de tu mano, contemplamos ahora tu rostro de amor y seguimos adelante, manteniendo fuerte nuestra esperanza, a la espera de celebrar mañana con la mayor de las alegrías, el estupor que provocará en nosotros la noticia siempre nueva de tu gloriosa resurrección.